

y reducirla a mayor perfección. En Guatemala, como la lengua de aquella tierra es diversa de la mexicana, con deseo de aprovechar a todos, siendo de edad de casi setenta y cinco años, la aprendió, y en ella confesaba los naturales de aquella tierra, siendo como es, bárbara y dificultosa. Habiendo estado de esta última vez en aquella provincia seis años, trabajando con los indios y ayudando a la reformación de ella, con gran ejemplo de vida, se volvió a esta de el Santo Evangelio. Lo uno porque halló disfavor y contradicción en el obispo, que pretendía no entendiesen los religiosos en la obra de la conversión de los indios (guerra ordinaria que algunos tienen aunque los que bien sienten tienen lo contrario) y lo otro porque le enviaron una licencia de el ministro general, para volverse a esta provincia, procurada por el provincial de ella fray Diego de Olarte. Prosiguiendo su camino por la mixteca, y entrando un día en uno muy pedregoso vio un hombre que criaba seda en aquel lugar, y como contemplase la aspereza de el camino y la mortificación y desnudez de el bendito viejo, edificado de esto dijo: Ahora veo lo que en mi vida no he visto, aunque he visto mucho; y es que un viejo como éste camine por tierra tan fragosa, descalzo y con solo un habitillo, sin sombrero, ni bordón. Llegó a esta provincia el año de 1568, habiendo pasado por el camino los mismos trabajos que a la ida y aun mayores, por caminar en tiempo de Cuaresma y de muchas aguas, que fueron aquel año tempranas.

CAPÍTULO XLIX. *De cómo el dicho bendito padre fue electo en provincial y de sus muchas virtudes y ejercicios espirituales y bienaventurada muerte*



ELEBRÓSE CAPÍTULO PROVINCIAL en el convento de San Francisco de Mexico; y como la veneración de su persona era tanta, pusieron los vocales los ojos en él y eligieronle en quintodécimo ministro provincial, después que acabó su trienio la primera vez, el padre fray Miguel Navarro. Hizo este oficio lo mejor que pudo, aunque su mucha edad no le ayudaba teniendo siempre celo de la observancia de la regla y de la religión, visitando la provincia a pie y descalzo y lo que las fuerzas no le ayudaban, suplía su incansable espíritu con el cual alentaba mucho a los frailes que regía, avergonzándose muchos de verle en tanta vejez, tan penitente y que no le seguían en aquel mismo rigor con que se trataba. Porque esto causa el buen ejemplo en el prelado; así como el que no fuese tal causaría mucho daño; que por esto dice Cristo nuestro Señor que es pastor bueno porque no sólo conoce sus ovejas,¹ sino porque también las trae pastoreadas, con el pasto de su celestial doctrina y guardadas de el veneno, de el mal ejemplo con que se desbaratan y se dejan ir a la boca de el lobo infernal, para que se las trague; y por esto dice por San Juan que el buen pastor

¹ Ioan. 10.

va delante guiándolas, cuya voz conocen sus ovejas; pero al malo no le siguen, antes huyen de él, porque como pernicioso ofende a su rebaño.

Todo el tiempo que vivió en la orden mostró bien cuánto amaba la preciosa margarita de la santa pobreza, porque lo mostraba en el uso de todas sus necesidades corporales. Contentábase con una refección al día; y mediante esta costumbre usaba de otra para su ejercicio espiritual, que mientras los otros religiosos estaban en el refectorio cenando, él se azotaba en su celda con mucha crueldad, castigando su cansado cuerpo, por tenerlo sujeto al espíritu. No bebía vino sino cuando tuvo el oficio de provincial o en otra manera, por causa de el camino largo, y entonces era un poco al comer y muy aguado y para ello había de ser muy importunado de los compañeros. Los libros que tenía eran hasta dos o tres, espirituales y devotos, y el breviario. Eran los paños menores que traía de lienzo flaco de la tierra, y cuando estaban gastados él mismo los remendaba y le duraban mucho. Jamás traía túnica, sino sólo un hábito, y ése había de ser de el más grosero sayal que hallase, y él solo lo cortaba y cosía sin ayuda de otro. Siendo provincial y visitando la provincia en tiempo de invierno, por el valle que llaman de Toluca, tierra frigidísima, como iba el viejo santo a pie y descalzo y con solo su habitillo estrecho, sin bordón, ni sombrero, viéndolo un español, y admirado de ver en un viejo tanta mortificación y penitencia dijo, con mucha devoción y fe: En tiempo del patriarca Abraham, perdonaba Dios a las ciudades de Sodoma y Gomorra por diez justos que se hallasen en ellas; mas yo creo que por este santo religioso perdonaría Dios a todo el mundo. Tanta fue la edificación que aquel hombre recibió de este varón santo. Holgaba de ser menospreciado y tenido en poco; y por esto todos los jueves de la Semana Santa se desnudaba y se hacía llevar con una soga a la garganta al púlpito; y allí públicamente se azotaba, y predicaba la pasión de el Señor a los indios, en la cual el redemptor de la vida la llevó sobre su cuello, en demostración de hombre malhechor, siendo el bienhechor de el mundo, y fue azotado como hombre vil y bajo, siendo el más alto sujeto de el cielo, y de la tierra. Celebraba todos los días, si no era en algún camino, adonde no hallaba recaudo; y siendo ya muy viejo hacía lo propio, aunque tenía una enfermedad de no poder tragar lo que comía, y por esto ya en los últimos años de su vida no comía con los frailes, sino antes o después de ellos; y yo que lo escribo serví algún tiempo al santo en el convento de Tlacupa, que es una legua de Mexico, y le picaba la poca carne que comía, porque no podía ya pasarla por habersele cerrado la garganta y tragar con mucha dificultad. Amaba la soledad, y holgaba de estar solo, como quien sabía cuán bien se gusta Dios a solas y sin testigos, y que en ella amamanta Dios, con pechos de cien mil regalos, a los que le buscan, como dice por el profeta Oseas.² Por esto buscaba los lugares solos y apartados de ruido; y una temporada estuvo en el pueblo de Chiauhtla, que está poco más de un cuarto de legua de el de Tetzcuco (las iglesias, quiero decir, porque las casas casi están continuadas) que entonces no había religiosos de asiento

² Os. 2.

en él, como los hay ahora y como ermitaño solitario pasaba en aquel lugar muy recogida vida, así en abstinencias particulares como en oración y disciplinas; íbase por algunos días a unas sierras, que le caen cerca, a distancia de media legua, y de una y subido en lo áspero y alto de ellas, se pasaba sin comer y sin beber algún tiempo, y allí hacía cosas de varón muy perfecto. Levantábase siempre antes de maitines; y cuando no había otro que tuviese este cuidado, o si el que lo tenía se descuidaba, él despertaba a los demás, al punto de la media noche; y nunca dejó de hacer esto, caminando por cansado que llegase a la posada; y si alguna vez dormía en el campo, allí encendía lumbre a la media noche, y rezaba los maitines, y tenía su oración mental; la cual tampoco perdía a prima noche, a las completas; y finalmente era muy continuo y perseverante en seguir el coro y lugares de la comunidad. Conocióse en él gran paciencia y humildad, pobreza, penitencia y mortificación; de suerte que se puede decir de él, con verdad, que era un espejo de virtudes para todos los religiosos de su tiempo.

Cuando caminaba no quería rezar el oficio divino caminando, como algunos lo hacen; mas parábase en el camino, para rezarlo con más quietud y devoción; porque decía que pues para comer se sentaban de reposo y no comen caminando los que caminan, que más justo era lo hiciesen así para las alabanzas de el Señor, para las cuales se requiere quietud y atención; porque dice Dios: Antes de la oración apareja tu ánima y no seas como hombre que tienta a Dios;³ como si dijese, con ultraje y menosprecio. Y la iglesia santa, en sus consejos, nos amonesta que recemos las horas y oficio divino, con estudio y devoción, que es decir, con cuidado y advertencia, de que hablamos en él con Dios; y es cosa justa que sea con todo el respeto debido; porque si para hablar con un rey que está parado, no nos pasearíamos, porque sería suma descortesía, mucho menos con Dios, que excede en grandeza y majestad a todos los reyes de el mundo, y es el rey supremo de todo lo criado. Por esto sabía de memoria casi todo el salterio y decía que lo había aprendido cuando caminaba, por ir siempre ocupado en cosas buenas y santas. No dormía acostado de el todo, sino arrimada la almohada a un rincón de la cama, y recostado en ella. Su cama era una manta vieja para cubrir las tablas, y cubríase con el manto que para sólo aquello se servía de él.



³ Eccles. 10.